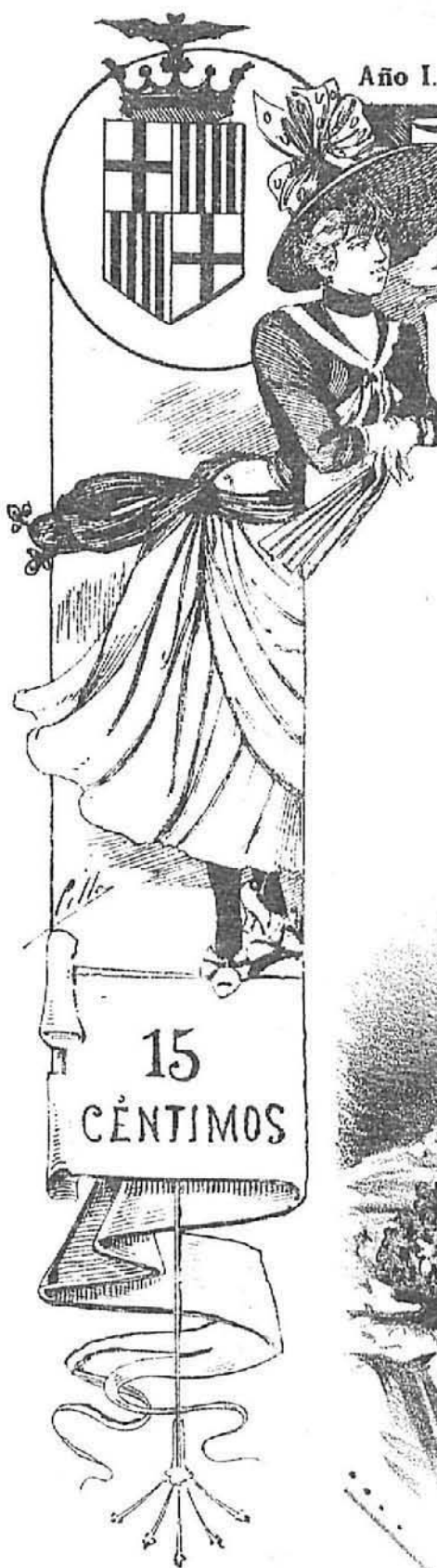


Año I. Barcelona 8 de Agosto de 1889 Núm. 9

BARCELONA CÓMICA

TIPLES COMICAS



MAGDALENA DELGADO



Año I.

Agosto 8 de 1889.

Núm. 9.

CRÓNICA.

El Barcelonés no es santo de mi devoción porque, aparte de él no ser santo ni yo devoto, veo en dicho periódico la más pura encarnación del periodismo-mozo de cordel, que lo mismo escribe un artículo en defensa de su patrono que le lleva la maleta al tren ó le quita las motas.

Sin embargo, *El Barcelonés* ha llegado á merecer mis aplausos durante la semana pasada.

No vayan Vds. á creer que le haya aplaudido por su conducta para con los demás periodistas, respecto á los sucesos de Mataró, porque en este asunto el periódico del alcalde ha faltado á las reglas más elementales del compañerismo.

Supongo que nuestros lectores estarán enterados del caso. En Mataró se celebran regatas, la autoridad invita á la prensa de Barcelona, va esta, la dejan abandonada en medio del arroyo, asiste á las regatas, y un municipal y un edil la llenan de improperios y hasta de golpes (según dicen), y quieren llevarla atada codo con codo.

La pobre prensa, al verse tratada así, protesta indignada, y al llegar á Barcelona hace constar, en los periódicos, el maltrato recibido.

Pero hay una nota discordante: *El Barcelonés*. Este disculpa á los atropelladores de Mataró é insulta á sus compañeros.

Pero ya decimos más arriba que *El Barcelonés* no es prensa, tal como lo entendemos nosotros.

Es un periódico escrito por cuatro dependientes de la Alcaidía, que en su vida las han visto más gordas.

Así que no saben lo que es el respeto debido á los compañeros.

Y tras de las censuras, pasamos á los aplausos.

Pero hagamos antes un apartado.



Vico se despidió del público que le hizo una ovación colosal. El gran actor leyó unos versos lamentándose de la triste campaña que ha hecho en el Principado primero y en Eldorado después.

Y ahora encaja el aplauso á *El Barcelonés*, que por la pluma de D. Antonio Nait, dice:

«Nuestro público corrompido por el arte bastardo y semi-pornográfico de las modernas escuelas, decimos mal, pocos, no ha correspondido á los esfuerzos del artista genial, del único artista verdadero con que hoy cuenta España; y de ello, en parte, tienen la culpa aquellos monos sabios, apóstoles de la sin razón, que gozan en tildar lo bueno, y nuevos quijotes de la crítica, malgastan el tiempo examinando el follaje de los árboles, sin bajar nunca á las raíces, ni llegar siquiera al tronco.»

Digamos como los revisteros de toros: en los mismos rubios.

Todavía dice más el Sr. Nait contra los que han declarado

una guerra ridícula á lo poco y bueno que aquí tenemos.

Pero basta con lo copiado para suponerse lo demás.

Vuelvo á felicitar á *El Barcelonés* porque también me ha proporcionado un mote que propagar.

¡Monos sabios!



Mr. Pelvey, presidente de la Sociedad protectora de animales y plantas, ha protestado en París contra las corridas de toros.

Pero D. Antonio Hernandez, dueño de una de las plazas, le ha dicho que la protección de animales solo se entendía con los de misticos, no con los salvajes.

Y después llama animales á dos conocidos aristócratas, como se puede ver por el comienzo de este párrafo de su artículo:

«Los animales del Sr. Duque de Veraguas y conde de la Patilla...»

No sabemos lo que dirán ese duque y ese conde, pero nosotros hubiéramos preguntado al Sr. Hernandez: ¿Lo ha dicho V. con intención?



¡Por fin puedo dormir tranquilo!

El telégrafo me anuncia que el simpático ex-ministro hispano-americano D. Hector Varela ha salido de Portbou con su familia y séquito.

Deben haber querido decir «saquito».



¡Este telegrafol....

Días pasados nos dijo que un frances se había suicidado en Pasages.

Poco tiempo despues nos participó que una vieja había sido arañada por un gato en Zaragoza.

Estos *grandes* acontecimientos, a pesar de todo, son más dignos de ser transmitidos por el *hilo* que las idas, venidas, discursos, conferencias, visitas, frases, gestos, pasos, estornudos y dolores de cabeza de don Cristino Martos

Porque eso del frances le puede interesar á la familia, si la tiene, y lo del gato de Zaragoza á la respetable clase gatuna, que es muy numerosa; pero las cosas de D. Cristino no interesan á nadie.

✱

Si vas, amigo lector, al Ate-neo, y te acercas á una de las *peñas*, te quedarás asombrado oyendo á los que la forman.

—¡Hola, querido maestro!

—¿Qué tal, maestro?

—Maestro, ¡que tarde ha venido usted!

—He estado ocupado, maestro.

Y maestro por arriba, y maestro por abajo, y todos son maestros.

El que no los conozca preguntará ¿son profesores de primeras letras?

No señor.

¿Entonces serán toreros?

Tampoco. Son literatos.

¿Se llaman acaso Zorrilla, Campoamor, Perez Galdós, Pedraza ó Nuñez de Arce?

Nada de eso. Se llaman.... pero ¡voto al chapiro verdel ahora resulta que unos son amigos y otros conocidos míos.

¡Bah! Digámos el pecado, pero no el nombre del pecador.

✱

Habiendo desaparecido el *Bou* con sus cinco mamelucos, ya no saben los periódicos de qué hablar.

El Gobierno debiera tener contratadas partidas así y soltar un *bucy* cada quince días, para los aficionados.

Más tinta se ha gastado hablando de la partida de Alcalá

de Chisvert que agua dan los pozos de Moncada.

Eso sí, lo primero que hizo Bou fué anexionarse unas 700 pesetas que *encontró* en la administración de consumos.

Es asombroso el amor que tienen a las cajas públicas los primeros que se levantan en armas.

Debían poner en ellas cepos. O no poner nada.

✱

Vico y Novelli han concluido sus tareas.

Aplausos se llevan muchos, pero lo que es dinero...

Si quisieran seguir mi consejo les diría que otra vez vuelvan aquí de cabezillas... ó de concejales.

Que es la única manera de hacer algo.

DANIEL ORTIZ.



LO DE SIEMPRE

I

—¡Adios, vida de mi vida!
—¡Adios mi bien, mi existencia!
—¿Me olvidarás en la corte?
—¿Esperarás á que vuelva?
—¿Y tú lo puedes dudar
Siendo mi pasión inmensa?
—No, no dudo; que mi pecho
Guarda de tu amor la esencia.
—Tú eres mi único tesoro,
—Por tí mi vida perdiera.
—Seré tuyo hasta la muerte;
—Toda tuya es mi existencia...

Dejaron los dos amantes
De prodigarse ternezas:
Se miraron de hito en hito,
Sin que una frase saliera
De los labios de la niña,
Qui en cambio vertió una perla
Desprendida de sus ojos,
Que bien figurar pudiera
Entre aquellas que aprisiona
Alguna ducal diadema.
Pasa el tiempo, suena un beso,
Se pierde el eco en la selva,
La niña queda llorando
Y el joven galán se aleja

II.

—¡Ingrata fué y me olvidó!
—¡Qué bien me olvidó el ingrato!
Pero yo ya estoy casada.

—Pero yo ya estoy casado,
—Aquel era un amor tonto
Platónico y sin un cuarto;
¡Hoy tengo marido rico!
—Mi mujer es un dechado
De virtud y de dinero
Y como ya cuenti años,
Es posible que la herede.
—Viejo mi esposo, está claro
Me dejará su fortuna
Y después... quien sabe... vamos...

Salte el lector estos puntos
Y seguiremos contando.

III.

—¡Oh! ¡que mujer! ¡que delicia!
¿La conoces?

—Ya lo creo

¡Si ha sido novia de Juan
En otros dichosos tiempos!

—*¿Es aquella?*

—La mismita.

—¿La que casó con un viejo?

—Exactamente.

—Pues chico

Es bonita.

—Bien lo veo.

—Nunca va con el marido;

—Si dicen que Juan...

—Ya entiendo.

¿Pero Juan no se casó
Con un horrible estafermo?...

—Y continúa casado.

Y justamente por eso...

—¿Y el marido de la otra?

—Yo creo que estará bueno.

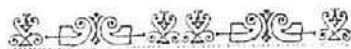
—Vamos, chico, lo de siempre.

—Adios Luis.

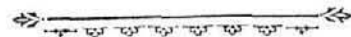
—Adios Ernesto.

El autor no ha puesto nada;
Todo es aquí obra del tiempo
Y copia exacta del mundo.
*Que, sin parar en los medios,
Vá buscando por desgracia
Casi siempre los extremos.*

MIGUEL DE PALACIOS.



NAIPE DE VALENCIA



Concluida la feria, que era el encanto de la gente menuda, la alegría de las muchachas que sueñan constantemente con amores y la esperanza de las madres que tratan de dar salida á sus hijas á toda costa, las familias que tienen en su seno seres escrofulosos y sin ganas de comer, se dirigen a los pueblecillos cercanos á respirar los aires puros del campo, á embriagarse con las esencias del to-



REFRESCANDO



—¿Y usted, quiere refrescar?
—¡Refrescar! Eso no cunja!
porque detesto la paja
y no me gusta chupar.



Como es su pecho una fragua,
para calmar sus ardores,
cada vez que ve á Dolores
ha de echarse un trago de agua.



Es horchatero y casado;
su esposa Juana de Dios
tantos vástagos le ha dado
que no se cual de los dos
mas chicos ha despachado.

millo y del romero y á escuchar el armonioso canto de la cigarra.

Dentro de breves dias, seremos muy pocos los que nos quedaremos en la ciudad, expontendonos á que nos haga trizas el tranvia ó que el alcalde interino que tenemos nos meta en la cárcel, porque en una visita de confianza habemos dicho que es un hombre honrado, que paga al sastre y al zapatero, pero que para presidir corridas de toros, no vale un pito.

El furor del veraneo, vá en aumento cada año.

—Prudencio, tú eres un mal padre—dice la esposa—tú no observas jamás la salud de tus hijas. Pepita hace cinco dias que no come y Amparito tres noches ya, que no duerme.

—Chica, con las chinches que hay—contesta sencillamente el marido—no extraño que no duerma; á mí me pasa lo mismo.

—¿Chinches? No hay ninguna...

—¡Ojalá fuese cierto!

—Lo es; en casa no hay más ani mal que tú.

—Un millón de gracias.

—Si Pepita no come y Amparito

pasa las noches desvelada, es porque están enfermas de anemia y para vigorizar su sangre necesitan salir al campo, pero pronto.

—Y para eso se necesita dinero, y yo no tengo ni un céntimo.

—Es decir, que quieres que nuestras hijas se mueran.

—De ninguna manera, Catalina; hoy compraré dos botellas de la emulsión Scott.

—Eso son porquerías—replica doña Catalina indignada—lo único que podrá salvarlas, es el aire puro del campo.

Don Prudencio no contesta, pues sabe que si vuelve á replicar á su esposa, es capaz de arañarlo sin pizca de compasión, como ha hecho otras veces, pero por fin, al cabo de dos horas, accede y Amparito y Pepita bailan de contento, prometiéndose pescar navio, en cuanta entren en Godella ó en Rocafort.

..

Después de este asunto, el que más nos preocupa desde hace mucho, es el de la construcción de la Cárcel Mo-

delo. Ahora, gracias á Dios, parece que vá de veras la cosa y muy pronto comenzarán las obras.

A nadie creo extrañará que nos intereseamos tanto por este asunto, cuando que todos vemos, en esta futura Cárcel, nuestra casa.

Todos sabemos, que siguiendo en el poder este gobierno, ó el otro ó el de mas allá, hemos de ir á vivir allí, si escribimos en periódicos de oposición ó decimos en el seno de la confianza que el diputadito tal ó cual, ha despedido la muchacha porque le ha roto un frutero que le salió en la rifa de la tiería ó que el director general tulanto ó menganito, gasta malísima ropa interior y una suegra, que es un tigre de Bengala.

Sabiendo pues que hemos de ir á vivir á dicha Cárcel, pues de esto no hay nadie que dude, comprenderán Vds lo que nos preocupa el asunto.

Parece que con el objeto de que la Cárcel sea verdaderamente Modelo, no dejarán entrar en ella, á los ladrones ni á los asesinos...

BONETE.

¿POR QUE SE CASAN?

I

Era Rosario, una muchacha hermosa, elegante, sencilla y candorosa, pues aunque quince años ya contaba de esta suerte á su madre interrogaba:

—Decidme, madre mía... ¿por qué á un hombre anhela ser, con gran empeño, de la mujer que adora y es amado?

¿por qué tiene ese afán de ser casado?

Yo oí decir á Emilia cierto día que el casarse es muy bueno, madre mía; y oí decir á Julia, ya casada, que el casorio, en verdad, es gran bobada.

¿A cuál debo creer? La que es soltera

casárase ahora mismo con cualquiera,

y la que es ya casada, dice aviesa

que el haber hecho tal, mucho la pesa.

¿Cuál lleva la razón, madre querida?

¿Para qué... y por qué unirse? ¿Es mejor vida?

¿Acaso gozan más?... ¿Qué cosas pasan?

¡Dilo, dilo, por Dios!... ¿Por qué se casan?

II

La madre—que sabía lo curiosas que son las niñas para ciertas cosas, y, no ignoraba que en la tierna infancia suele traer mil males la ignorancia, pues la jóven que ignora y saber quiere alguien halla por fin que bien la entere; sin olvidar que suele el matrimonio ser obra las más veces del demonio,

ni tampoco que, niña candorosa, de aromas mil y pura cual la rosa, corre peligro, si su loca mente en cosas tales piensa, aunque inocente; al cielo pensativa alzó sus ojos, concentró en si misma, y, sin enojos, así la dijo tras de breve pausa:

—Se casan hija mía....

—¿Por qué causa?

—Porque sienten latir sus corazones á impulsos del amor; porque ilusiones abrigan en sus mentes ardorosas, del color rojo y thè de puras rosas.

III

Esta contestación, aunque elocuente, no satisfizo, no, el afán vehemente que tenía la jóven, de enterarse del porque y para que quieren casarse los jóvenes y mozos de su aldea, la más linda que vió quien esto lea. Y, aunque así se pasó día tras día un mes entero, firme en su manía, Rosario, en otra cosa no pensaba y hasta, á veces, dormida, ¡lo soñaba!

IV

Y en la preciosa tarde de un día en que natura, haciendo alarde de sus galas y dones, la pradera de aromas mil colmaba, la hichicera Rosario, como siempre candorosa,

luciendo un traje blanco y lazos rosa
y un sombrero con cintas amarillas.
¡y un precioso carlín en sus mejillas!
con amigos y amigas, placentera
corrió á jugar á la cercana era.

V

Por momentos la bulla se aumentaba
y del juego el furor acrecentaba,
y entre sus arrebatos y sus giros
lanzaban las doncellas mil suspiros
y al contemplarlas, ellos, tan hermosas,
las decían muy quedo... ¡muchas cos si
Rosario, como todas, se ser tía
presa de aquella fiebre; y sonreía
cual sonríen los ángeles del cielo,
escuñando las frases que, en su anhelo,
junto al oído, Juan, la murmuraba;
—un Juan que, de *Juan Lanas* no pecaba,
pues poco á poco y con destreza suma,
cuál juega el viento con ligera pluma,
merced á sus miradas ardorosas
la logró conmover.

VI

Cerco de rosas
ocultaba á los dos.
Juan, delirante,
decía con acento suplicante
fijando en ella sus ardientes ojos:
—Mirame, vida mía, sin enojos,

que aunque ciegas de amores al que miras
y abrasas con tu aliento si suspiras
y matas con un beso de tu boca,
presa ya en tus encantos, mi alma loca,
deseo que me ciegues al momento,
que me abrases el rostro con tu aliento
y que en tus brazos, delicante, opreso,
grata muerte me des con dulce beso.

VII

¡Pobre Rosario! Cuanto más oía,
en sus venas, la sangre más le ardía,
é inundaban su ser y la halagaban
oleadas de placer que la embriagaban.
¡Pobre, pobre Rosario! Enardecida,
sintió en su ser el germen de otra vida;
y, cuál, sobre su tallo y fresca rosa
el viento mece, su cabeza hermosa
impelió el huracán de las pasiones,
y, poco á poco, en mil undulaciones
que miradas sembraban, de sus ojos,
a los de Juan unió sus labios rojos,
y, al rudo choque... de pasión exceso....
¡Oyóse el estallar de ardiente beso!

— ¡Va sé porque se casan! ¡Dulce anhelo
une las almas con eternos lazos,
á fin de que, con suaves, lindos trazos,
formen los angelitos para el cielo!

LUIS DE VAL

LOS HIGOS VERDES

(Escudilla de ligate.)

Y es c'lo, que había en un pue-
blo de Castilla un Juez que cursó en
Salamanca más truhanerías y malas
esperiencias que cánones y leyes, y
que tenía en su endeble y avellanado
cuerpo más alifafes que vigores. Ya
viejo y clue o, resabios de mozo tuvo
y pensó en casorio, que quien tiene
dineros pinta panderos; y como por
mi dinero, Papa le quiero, los escudos
del usía (ya que el no valía un cor-
nado) dueño y señor del cuerpo le
hicieron, más no del alma, de una
donce-la llamada T'ormento, hermosa
como mil oros, trigüeña y apuesta, y
aunque de haja ralea, discreta, que al
dejar la corta saya por las largas to-
cas, y los abolarios y ruines dijes por
los ensartes de corales y perlas, cre-
ció en belleza de tan portentoso mo-
do que su vista causaba regalos, pues
siempre la compostura y arreglo, en
honesta medida, hicieron tales realces
y milagros.

El Juez, aunque no escaseaba los
miramientos y obsequios, como pe-
ca-ba con creces de celoso, prodigaba

también las puertas y cerrojos, no
descansando en aquello de que á mu-
jer casta Dios la basta, y mucho me-
nos desde que aumentados por las len-
guas de las comadres ciertos susurros
y cuchicheos, en oídos del Juez dieron,
y en cuyas habladurias en tela de ju-
icio poníase el honesto recato de la
Jueza, muerta de amores, según se
murmuraba, por las gallardías y do-
naíres del escribano, mozo jóven y
muy ducho en achaques de cortejos
y galanterías.

Sucedió, pues, que un día, sentó
sus reales en la plaza del pueblo, un
juglar, gran bribón, Brijan en picar-
días, y tan rico en ellas, como pobre
y escaso en hacienda. Con su destreza
de manos y lengua llamaba al dinero
y aunque poco, venía, daba de sí lo
bastante para echar remiendos á la
vida y tirar de esta tan pesada carga.

—Oye tí, saltabardiles—pregun-
tóle el juglar á un rapazuelo, mien-
tras arreglaba el artificio de sus jue-
gos—¿quién vive en aquella casa so-
lariéga que hay á la entrada del pue-
blo?—El Señor Juez. Mozos y mozas,
Trespases os saluda, gritó el juglar
arqui ando su espinazo en ridícula
zalema—Después empezó á zangolo-
tear una cajita en cuyos adentros so-
naban unas cosas que parecían casca-
beles—Esta caja, mis Señores, es una
maravilla. Me la regaló un grande
amigo mio, sabio por los cuatro cos-

tados, y descendiente en línea recta
y sin bastardías ni por estraviados ca-
minos, de aquel otro esclarecido sabio
Alejandro *Alano* que con sus talentos
inventó la pólvora, y que fué, según
cuentan las historias que por ahí co-
rren, hijo del no menos grande y po-
deroso *Tirito Obispo de Baza*, el cuál
hijo, no lo tuvo en barragana sino
que al mundo vino milagrosamente
para que continuador fuera de sus
glorias. Habiéis de saber que, esta ca-
ja, adivina lo presente y lo porvenir...
y bien haya la hermosa doncella, que
tengo delante, la del corpiño morado,
que por mi caja pronto sabremos en
un punto la causa de su mal que ser
grande pregonan sus palideces y oje-
ras—Así diciendo, Trespases acercóse
la caja al oído como si á escuchar
fuera la adivinanza demandada...—
Diceme la caja, que la causa de las
pesadumbres de la doncella, es el tor-
cido proceder de su felón galán y que
no se hará esperar su castigo, pues
quien así se comporta es su me-
recimiento.—La moza del corpiño
morado roja como la amapola y ocul-
tando con sus manos los arreboles
de su vergüenza, abandonó el curro
y encaminóse á su casa. Una vez en
ella, soltó el trapo al lloro—¡Madre,
la mi madre!... decía entre sus sollo-
zos.—en el lugar hay un brujo.—
Santigtlose la madre al oír tal nueva
y ya enterada de la ocurrencia, toda



—Por algo decía él que eso de llamarse Violante era así como una predicción de lo que me había de suceder.



—¡Tanto ruido para un señor que ha hecho una torre *Infier!* ¡Quisiera yo verle haciendo un escaló por la alcantarilla! Allí es donde se conocen los ingenieros.

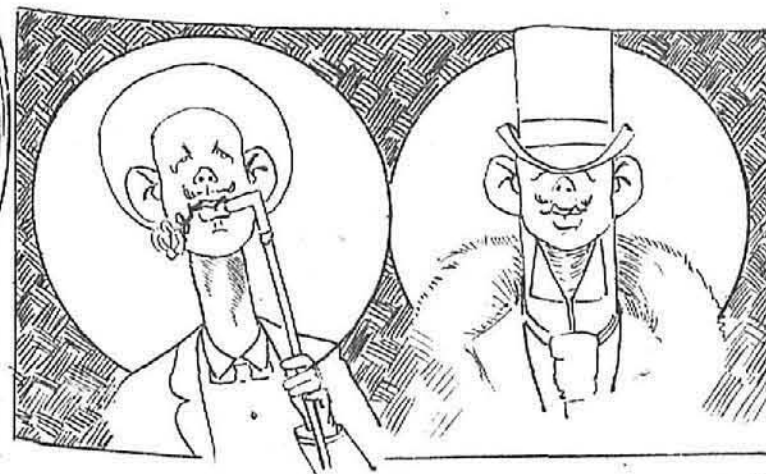


—¡Apártalos! ¡A ver si desencuadernó uno las fauces de la cara!



—¡Ay, hijol Ella me faltó; pero me he vengado: la he llamado... ¡voluble!

—¡Jesus! ¡Has estado muy cruel!



El elegante en verano.

El idem en invierno.

Ya verán ustedes como eso de las economías de Guerra terminan en darnos unos gorros más pequeños.



cuidadosa y mohina, llamó á Lenteja, su marido, alguacil del juzgado... Venga acá el bigardón de vuesa merced, y oiga, si fuere servido, las cuitas y querellas de su hija, avergonzada delante de todo el pueblo por un endiablado brujo, que como me llamo Juana, creo que le ha hecho mal de ojo desde lejanas tierras: tal es el su desmejoramiento días há, y apostaría sendos y buenos escudos contra miseros maravedises á que por los sortilegios de ese brujo te hansele asentado á mi pobre hija los higos, que segun cuenta, comió dias pasados en casa de la señora Jueza (aunque para mí tengo que estaban verdes, que á gozar de sazón no se le hubiera hinchado la barriga de ese tan escandaloso modo, que más parece lo que me callo... que no lo que en verdad es), y os digo marido que más ganariamos todos si empleárais mas diligencia y discreto cuidado en el desempeño de vuestro cargo que es el de espurgar el pueblo de malas gentes... y no digo más.—Lenteja sin hablar ni palar cojió su vara de ministril y lanzóse á la calle. A poco Trespanes hallábase delante del Juez.—Te acusan de brujo.—Es mi caja señor.—Bien, pero tu serás el agasajado con los cien azotes.—Fuerte cosa es, señor, que así suceda, cuando es mi caja la...—¡Tu caja! Por mi ánima que no se si halagas ó si amagas, mas huelgame de tu descaro. Vamos, bellaco, preguntale á tu caja que hace en estos momentos mi esposa.—¿Que hora es señor?—Donosa majadería; ¿que hora es Lenteja?...—Abocados á las doce estamos, señor.—Que me place, dijo el juglar satisfecho, y volvió á preguntar:—Vuestra esposa, señor ¿es joven?—Si que lo es...—¿Teneis alguna hija, señor?—No, por desgracia.—Pues oído.

Desencajado el semblante, de azufre la color, y seguido de cerca por Lenteja dirijese el Juez á su casa. Penetra en ella, y siempre con Lenteja á la zaga, sube con cuidado las escaleras. Con el rescoldo de celos en el pecho que lo requemaba vivo, encaminose hacia la habitación de su esposa y aplicó el oído á la puerta conteniendo el respiro para escuchar mejor... Oyó un suspiro y no de angustia, que aquel suspiro acusaba dulce y placentero desmayo. Borracho de cólera empuja la puerta que opone traidora resistencia; redobla sus esfuerzos, y logra hacer saltar el cerrojo quedando franca la entrada.

—Hija de... era la salutación que la airada lengua del Juez teja al entrar en la sala; más no la terminó, y como por encanto sosegó su enojo y con voz melosa dijo —¿Que tiene mi mento que busca en el lecho descanso reparado?—Como sabéis, señor, respondió la encamada señora, guítame en demasia los higos; brindóme la higuera con dos muy hermosos, que traidoreros, á pesar de su buen

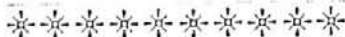
parecer, hanme producido fuertes dolores...

—¡Señor, señor!... gritó Lenteja desde la puerta—venid, venid pronto.

Presuroso acudió el Juez.—Que me pelen las barbas si el brujo no anda en todo esto,—murmuraba el asombrado aguacil llevando al Juez á un balconcillo abierto en el corredor en donde estaban; y mostrándole con la mano una frondosa higuera que al pié de la ventana del cuarto de la Jueza había, dijo á su señor—Mire usía lo que se vé en aquella higuera... Y ¡válgame el cielo! Pendiente de la camisa y enganchado en una de las ramas veíase al Escribano, en deshonesta pañales. Atónito y suspenso quedó el Juez al ver al escribano. Verdad dijo el juglar! masculló colérico. En esto empezó á llover de tal modo que más parecía que el cielo tomaba á su cargo el castigar al libertino escribano.

Vuelto el Juez al lado de su esposa hablola de esta suerte con calma terrible: Señora si los *dos higos* malos sentaron por estar verdes, ved como llueve para que maduren.—Mientras tanto Lenteja cabizbajo y cariacontecido, sin dejar de mirar al escribano, rumiaba:—¡Buena la hicimos, mi señora hija! Quiera Dios que los higos que en menguada hora comisteis no sean de los que, postizamente, cuelgan ahora de la higuera!.

ANTONIO BELTRAN MORETE.



SABRAS...

(Epístola recibida de su novio, por Teresa, hace seis dias)—Sangüeta veinte de *Malto*—*Cerida* Teresa *ma legraré* muchísimo *cal* recibo *desta* que *llo* no te escribo, porque sabes que no sé, aunque no *yegue* el correo á tu poder *tayes* tú con la más cabal *sahú* que *llo* para mi deseo. Sabrás que el cabo Tormento es el *cace* de escribano, lo cual, que él pone la mano nada más, y *llo* el talento. Ahora *lan echo* furriel porque tiene *otografía* y una letra *mu* corria, y esto, te lo dice él. Sabrás que *llo* estoy sin tí, tan mal, como sin dinero, y sabrás que *llo* te *ciero* casi tanto como ahí; y no digo *mayormente* que te *ciero* tanto y más,

porque, Teresa, no estás aquí de cuerpo presente.

Llo no sé lo que es de mí, me descuido en las revistas, y nunca *yego* á las listas cuando *mea cuerdo* de tí. Con vino *llá* no me mancho, y estoy *mu descoloria*, y esta mañana he *perdío* las ganas de comer... rancho. Voy perdiendo la memoria, y si me pudiera ver, ¡que no me iba á conocer ni mi padre, que esté en gloria! No *depreudo* ni una *linia* *manque maspen* en la escuela y si estoy de centinela se me *orvida* la *consinia*. Es mi sangre luminaria ¡si pienso en tí pierdo el tino! Las cosas que *llo imagino* cuando estoy de imaginaria...! Pero en fin *asta* que Dios lo quiera, tendré *pacencia*. ¡*Hay ija!* qué *diferencia* cuando estabamos los dos en la casa del teniente coronel, Ruiz Cartuchera, siendo tú la cocinera y siendo *llo* el asistente. ¿*Tu cuerdas*, Teresa mía, cuando se fué la *señora*? siete días á Zamora *por* la muerte de una tia? ¡Válgame Dios! ¡Qué semana! Al pelo *mus* divirtimos: La verdad es que *ayí* hicimos bien, lo que *mus* dió la gana. Haciéndonos, tú á mi un *flan* y *llo* á tí una *ucumona*; *Llo yamándote*: ¡pichona! Tu *yamándome*: ¡barbiana! Formando alegre pareja te *yevaba* el día festivo, á montarte, en el Tio vivo, de la Fuente de la Teja. Y á bailar allí en un corro al compás de una guitarra, y á *rever* luego una jarra, merendando en un ventorro. Que no *ay* á quien no aproveche tomar así, entre un cuartillo de rico vino pardillo, media libra de escabeche ¡*Hay ija!* ¡Qué *diferencia* entre esta y aquella vida tan alegre y divertida! En fin, tendremos *pacencia*. Sabrás y tendrás presente, que la semana pasada recibí tu deseada, fecha doce del corriente. Por *eya* y su contenido *sé todo lo que te pasa*, que *lla* tienes otra casa y á doncella has ascendido. No me dá gusto el saber que eres *donceya*, Teresa, y en cuanto que *yegue* á esa lo vés á dejar de ser. Que así no podrás salir á la *prazuela* á comprar, y así no podrás *sisar* para irnos á divertir. Con que adios, Teresa ingrata,

aquí me despido, pero,
si a'go dejo en el tintero,
te lo diré en la posdata.
Sin más *oy* va el *coracon*
de tu amante, que lo es,
por toda su vida. — Andrés
Redoblante y Machachon.
Posdata: van á tocar
asamblea, y me parece,
chica, que no se me ofrece
nada de particular.

Por la copia

RICARDO MONASTERIO

TEATROS

¡Por vida de Blas Quito!
Otra vez se me ha puesto malo y
me ha dado la gran lata.
Pero advierto á Vds. que esa lata no
es ninguna de las que entraron en
Madrid sin pagar derechos.

Me he creído en el caso de hacer
la anterior salvedad, porque parece
que la cosa se pone fea para los con-
cejales madrileños y no tendría gra-
cia que me viese yo envuelto en papel
sellado sin comerlo ni beberlo ó, más
bien, sin arderlo.

Prosigo.

Blas Quito, de comun acuerdo conmi-
go, se ha puesto enfermo nuevamente.

Y he aquí que tengo que comuni-
car á Vds. lo más saliente de las no-
vedades teatrales de la semana.

Esto es tanto más sensible cuanto
que lo saliente es casi todo y casi
todos.

Durante estos últimos siete días se
ha verificado un verdadero trasiego
de compañías en nuestros coliseos.

La compañía de Novedades pasó
al Buen Retiro.

La de Calvo-Vico pasa á Noveda-
des.

Se dice que la de Vico será pasada
por agua, es decir, que se ira á Amé-
rica, después de breve excursión por
diversos teatros de la Península.

En su reemplazo actuará desde hoy
en el *Eldorado* una compañía comi-
co-lírica en la que figurará la señora
Alverá de Nestosa y la salerosa Ma-
ria Gonzalez, *desprendida* de la *troupe*
de Mariano Larra.

Mario ha pasado también á mejor
vida. No se ha muerto, para bien del
arte, pero se ha ido á baños y sin du-
da será mejor la vida que lleva des-
cansando y divirtiéndose que ataren-
do como lo está siempre, cuando ac-
tua en algun teatro.

También le ha reemplazado en el
Español otra compañía de zarzuela.

Hasta á *Massini* ha alcanzado el
trasiego.

La compañía de zarzuela ha sido
sustituida por otra de idem.

Lo cual que como en el *Tivoli* si-
gue la de ópera y para el *Lirico* si-
esta formando un cuadro de lo mis-
mo, resulta que el verso ha sido casi
desterrado de nuestros coliseos...
por ahora y sin perjuicio de que tal
vez suceda lo mismo á la entrada del
otoño.

Si esta monomanía musical no se
corrige, llegará día en que los aficio-
nados á la declamación tendrán que
consolarse yendo á la plaza de toros.

Allí al menos oirán los brindis de
los espadas, algunos de los cua-
les lo hacen casi tan mal como cier-
tos titulados primeros actores.

A mí me gusta la música.

Pero la música buena y bien toca-
da.

Es decir todo lo contrario de lo
que nos dan á diario las compañías
habidas que ahora se estilan.

Además, si siempre perdices cansan,
¿cuanto más no han de cansar manja-
res tan ordinarios como *Plato del día*,
Oro, plata, cobre y nada y otros *ajus-
dem furfuris*.

Sin embargo de esto, me alegro de
que todas ó casi todas las empresas
barcelonesas se hayan dado de ojo
para servir al público platos tan indi-
gestos.

Porque mucha parte de este se ha
mostrado tan aficionado á ellos, des-
de hace algun tiempo, que bien mere-
ce una indigestión para curarse de sus
anti artísticas aficiones y volver al
buen camino.

¿No es un dolor que Vico haya per-
dido una porción de miles de duros,
teniendo un buen cuadro de compa-
ña y representando, salvo alguna ex-
cepción, obras buenas de nuestros
mejores autores antiguos y modernos,
mientras han prosperado otras em-
presas con un personal y un reperto-
rio á cual más deplorables?

¿No entrístece el ánimo pensar que
Murio, con compañía y repertorio
excelentes, si ha librado bien de su
campana teatral lo debe, mas que á
tales condiciones á haberse puesto
en moda él y el coliseo en que actua-
ba?

Pero me voy poniendo sério y esto
no me conviene.

Blas Quito, dirá á ustedes, la sema-
na próxima, lo que le parezcan las
nuevas compañías y las obras nuevas,
que alguna sin duda se estrenará de
aquí á entonces.

Yo me hanto á decir á ustedes
que el personal de los coliseos se ha
renovado y que por todas partes im-
pera la música.

Dios ponga juicio en los directo-
res y voz y arte en los ejecutantes,
para que el resultado final de la tem-
porada no sea también, sola y exclu-
sivamente... ¡música!

BLAS QUILLO.



¿QUIÉN LO CREYERA!

Mi Leonor, que es muy reguapa,
me dijo en cierta ocasión:

—Cuando venga aquí la Rita,
¿á quién quiero como á Dios,
te vas á dar un paseo
pues no quiere verte.—Yo
accedi muy complaciente
y en cuanto daban las dos
expallaba mi levita,
me amaba con un baston
y marchábame á paseo
pensando solo en Leonor.

Una tarde en el Retiro
me encontré á Perico Sol
y me dijo:

—¿Conque esa
te engaña?

—Por San Antón
te suplico que te expliques.—
respondile.

—Mira, yo.....
no se nada fijamente.....
¡tal vez sea una aprensión!
—¡Tu me ocultas algo, Pedro!
—¡Yo te aseguro que no!
En fin recibe el aviso
y ten calma.

—Vé con Dios.

Llego á mi casa, la espío,
me entero por Pedro Ros
que es el hijo del cuñado
del sobrino de un Baron,
y logró saber, ¡Dios Santo!
que *Larrita* es un actor.

EL DE LA TORRE.

FOLLETIN

EL SEDUCTOR DE SU ESPOSA

— 3 ó —

NADIE QUIERE HASTA QUE DIOS SE MUERZA

(Continuación)

CAPÍTULO SEXTO

LA BARBA SALVADORA

I

El conde estaba condenado á pe-
recer.

Los pieles rojas que le habian co-
jido por su cuenta eran personas de
buenas costumbres.

MISTERIOS DE BASTIDORES

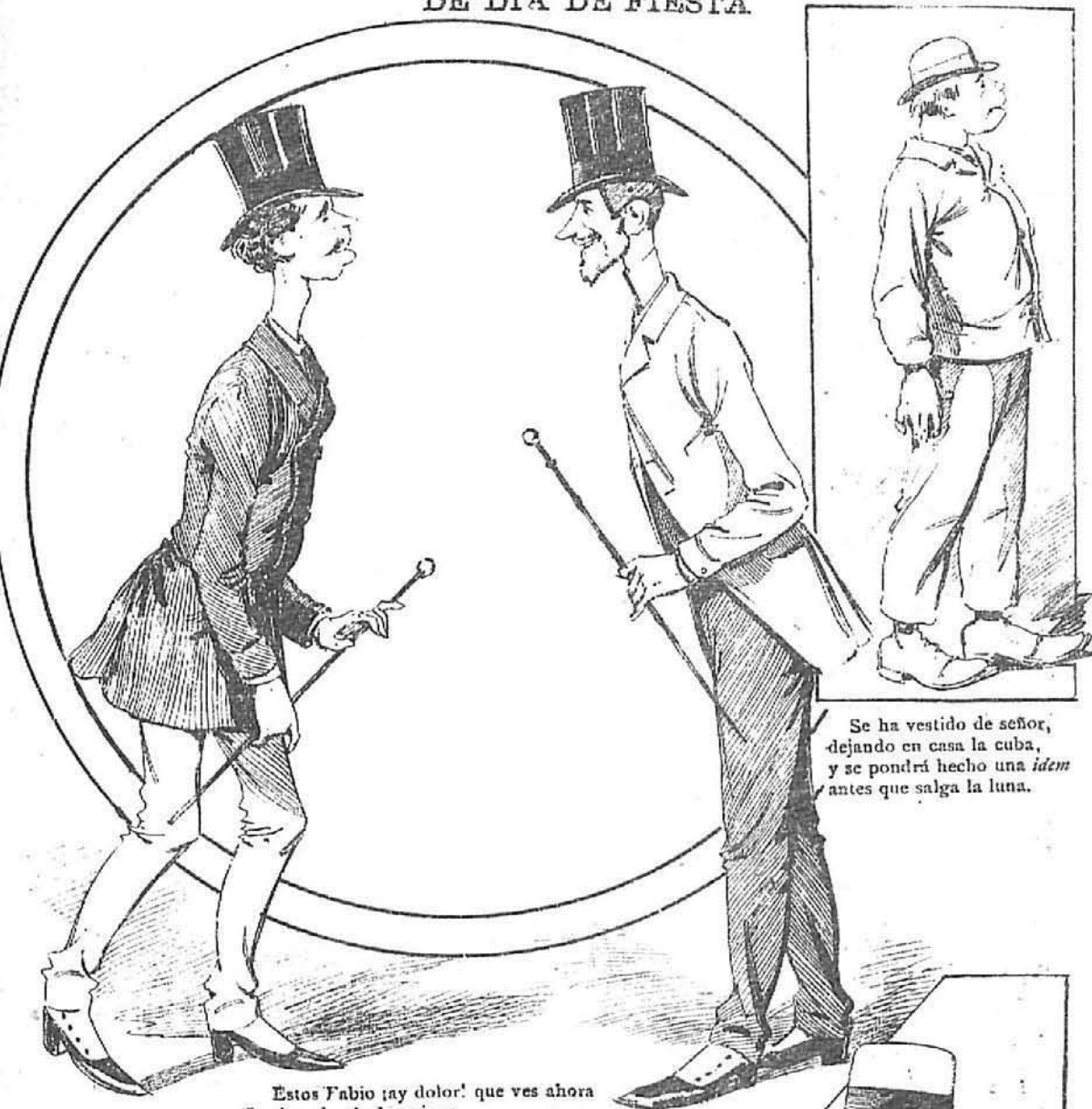


Elas son tres bailarinas
del teatro del *Licido*
y tan feas las indinas
que le dan un susto al miedo.



Ellos, tres mozos juncuales
las han encontrado bellas...
y los ellos y las ellas
forman tres yuntas cabales.

DE DIA DE FIESTA



Se ha vestido de señor,
dejando en casa la cuba,
y se pondrá hecho una *idem*
antes que salga la luna.

Estos Fabio ¡ay dolor! que ves ahora
hechos dos lechuguinos,
estaban despachando no ha una hora
judías y garbanzos de los finos.



Tres honrados dependientes
en un comercio de telas
que gozan mucho en los bailes
de criadas y de horteras.



A pesar de sus hocicos
horas se pasa muy ricas
retozando con la chicas
y sirviendo medios chicos.

Cuando cojian un prisionero se lo llevaban al campamento.

Luego si estaban cansados, amarraban a la víctima lo mismo que si fuese un pavo destinado a constituir el plato del día en una comida de Navidad, y se tumbaban a la bartola, hasta la mañana siguiente.

Al amanecer comenzaba la gresca. El prisionero era conducido al lugar del sinistre.

Del siniestro que ocurría después. Atábanle a un árbol y todos los guerreros de la tribu iban ejercitando en él su destreza en el tiro al blanco.

Pero como eran humanitarios hasta cierto punto, procuraban mechar a flechazos a la víctima, sin causarle mayormente heridas de consideración.

Porque es lo que pensaban:

—Muerto el perro se acabó la rabia y muerto el prisionero se acabó la fiesta. ¡Bastante le importa a un muerto que le pinchen y le sajen y hagan con él toda clase de atrocidades!

Esta profunda reflexión les llevaba a procurar que el prójimo a quien tomaban como *ánima vili* de sus experimentos pudiera irse enterando hasta el fin de su vida de como iba acabándosele esta poco a poco.

Además el cacique de la tribu, una especie de presidente del Consejo con taparrabos y plumas en la cabeza, era el único que tenía el derecho de descabellar a los prisioneros; y llevado de su magnanimidad, permitía que antes se divirtiesen con ellos todos sus subordinados; mas no pasaba porque le quitasen sus prerrogativas.

—Acribilladle, pero no le mateis.

Tal era la síntesis del discurso que pronunciaba cada vez que se trataba de celebrar una diversión como aquella que se preparaba con motivo de la captura del Conde.

Este no las tenía todas consigo.

Tan grande era su perspicacia, que apenas se vió sorprendido, atado y amordazado, dijo para sí:

—¡Mecachis!

Elocuente exclamación que envolvía un mundo de ideas y una maleta de jicós.

¡Mecachis! ¡Ah! ¡Qué valor tan grande tienen ciertas palabras pronunciadas o sin pronunciar en determinados momentos!

Aquel solo vocablo quería decir:

—¡Hombre! Ahora que acababa yo de librarme de tres leones y una serpiente, como quien dice, de tres ingleses y una suegra, he caído en manos de estos brutos que de seguro me afetarán en seco. ¡Si al menos fueran capaces de hacerlo con todas las reglas del arte, les quedaría agradecido, porque así estoy horroroso; tengo mas barbas que un capuchino!

¡Vanidad humana!

¡Quien había de decir al Conde que aquello que le causaba desagrado había de constituir su salvación!

Pero respetemos los arcanos de la Providencia y no precipitemos los sucesos.

Volvámonos entre los salvajes.

II

Llegaron los pieles rojas al campamento.

Al verles las mujeres exhalaban gritos de alegría y un coro de vírgenes emplumadas entonó el siguiente cántico:

—Ámala zig, zug, zag,
mamala muj, maj, mij,
pij, paj, puj, pij.
Zumalamarrarij.

Esto es tan claro que casi no necesita traducción; pero la pondré por si algún lector se ha quedado a os curas.

Querían decir:

—Gloria al gran guerrero,
gloria al vencedor Alma de acero
que trae un prisionero
para regocijo del pueblo entero.

Con estos cadenciosos versos celebraban la captura del Conde.

Alma de acero se dirigió a una de las vírgenes del coro, a su hija Flor de tamarindo exótico y la dió un cariñoso pellizco en una pantorrilla.

Ella le correspondió con un filial mordisco en el cuello.

Momentos después se presentó la mujer del cacique.

Fruta temprana de hueso dulce, que así se llamaba, paseó una mirada de su marido al prisionero y dijo para sí:

—El cautivo es más blanco y tiene más pelos.

Desde aquel momento estuvo perdida.

La inocente Flor de tamarindo exótico no dijo nada; pero quiso la fatalidad que al pasar junto al Conde rozase con la barba de este, que la hizo unas cosquillas sumamente agradables.

Aquello era mas de lo que se necesitaba para conmover a una salvaje.

Hay que advertir que los pieles rojas no saben hacer cosquillas a sus mujeres ni a sus hijas, ni a nadie.

Y es fuerza consignar que cuando llega la noche, ellos se tienden a la bartola y encomiendan a ellas el cuidado de guardar el campamento.

Dicen y con razón:

—El guerrero que pelea durante el día, debe dormir por la noche. Y a la mujer que la porta un rayo.

Esta máxima inculcada a sus compatriotas por un sábio de la tribu, dió por resultado que, cuando llegó la noche, el Conde quedó bajo la vigilancia de Fruta temprana de hueso dulce y Flor de Tamarindo exótico.

Ambas cruzaron una mirada, se cruzaron de brazos y se ruborizaron.

¿Porqué?

(Se continuará.)

BROCHAZOS

I.

Tendido a un borracho halló un día un municipal,
y con tomo muy formal
de este modo le increpó:

—A figurarme no atino
porqué con afán extraño,
sabiendo que te hace daño,
bebes tanto y tanto vino.
—Con tus palabras me asedias,
replico grave el beodo—
Ya sabes que más que todo,
me hacen daño... ¿Qué?

—Las medias!

II.

Dicen que el cuarto que habitaba Dolores, es reducido,
y sin embargo he sabido
que en él se perdió Lolita.

III.

Le pidió al padre de Blanca,
Lucas, la mano de su hija,
y, aunque se la dió, es la hija
que Blanca no quedó manca.

IV.

Elogiando a un dependiente,
dijo a su esposo, Rosario:
—Mientras has estado ausente,
se ha portado el buen Vicente
con un celo extraordinario,
pudiéndote asegurar
que se ha estado hasta la fecha
trabajando sin cesar,
y ha ocupado tu lugar,
dejandome satisfecha.

V.

Con Esperanza riñó
su novio, y al separarse,
con objeto de burlarse,
de esta manera exclamó:
—Así es la pícara vida
querer mucho, para ver
un amor muerto al nacer,
y una esperanza... perdida.

R. CABELLO.

INFUNDIOS Y LIOS

La empresa de los tranvías de Gracia a Barcelona y de Circunvalación, ha rebajado a diez

QUISICOSAS



—Oye ¿cuantos dias hace que mataron este pollo?
—No puedo decirselo á V. porque ahora va á cumplir un mes que estoy en la casa.



—Allí van las de Rabano aburrido con Dióscoro Gomez.—En cuanto le coja á solas, le reviento: ¡Y que no vaya luego diciendo que si le he matado!

ANUNCIOS

BARCELONA CÓMICA

Semanario festivo, literario, político, ilustrado

CONTIENE

Artículos, poesías, críticas y chistes
de nuestros principales literatos.

CARICATURAS Y RETRATOS
de nuestros primeros dibujantes.

Precios de suscripción:

Provincias:—Por series de 10 números 1,25 pesetas

Agente exclusivo en Madrid para la venta de BARCELONA CÓMICA, D. Julian Rodriguez, Tesoro, n.º 5, bajos.

ADMINISTRACION

Calle Hospital, 100 y 102, pral.-1.ª
BARCELONA

ENCUADERNADOR

(BUENO, BONITO Y BARATO).

Salvador Pujol



Calle de Aribau, número 74

BARCELONA

IMPRENTA MILITAR Y COMERCIAL

Arco del Teatro 9 (paseo).—BARCELONA